

arrugas y progresos de corrupcion sobre cada rostro que miramos: en los hombres mas robustos se descubren síntomas de muerte: la salud mas vigorosa se aja y marchita poco á poco, del propio modo que una rosa con los calores del medio dia. Nuestros viages y despedidas son otros tantos preludios de la muerte: todos los dias morimos para algunas personas y lugares que no hemos de volver á ver. ¡Cuántas respuestas no tenemos cada dia de nuestra mortalidad! El menor dolor de jaqueca que nos incomoda, la mas leve calentura que nos ataca, el mas pequeño golpe que nos damos, la mas leve picadura que nos hacemos, anuncian nuestra muerte: el sueño mismo, figura de la muerte, nos pronostica todas las noches nuestra futura destruccion.

¡Qué mas! los sentidos, ministros de nuestras pasiones, concurren á minarnos, y continuamente nos avisan de nuestro último fin. Nuestros ojos no ven por todas partes sino destrozos y fragmentos de nuestra humanidad, nuestros oidos oyen tocar á cada instante las horas que vuelan para nunca volver: nuestras manos no tocan sino cosas que se quiebran ó que se marchitan; y al tocar nuestro propio cuerpo tocan una carne que pronto se corromperá: nuestra boca se saborea comiendo cadáveres que se aniquilan para darnos vida: nuestro olfato no respira sino perfumes que se evaporan: nuestros piés no se apoyan sino sobre gusanos é insectos que destrozamos, ó sobre sepulcros que pisamos. Todo, todo nos anuncia la terrible catástrofe que nos separará en algun modo de nosotros mismos.

Los objetos á que nos asimos, no son mas sólidos que nuestros cuerpos: los placeres que tanto amamos, se nos escapan aun antes de disfrutarlos: los honores son relámpagos que brillan un instante: las riquezas son una nube que pronto se desvanece: la fama no es mas que nada: la salud se gasta; así es que no hay situacion alguna que no trace la muerte. ¡Ay! Se halla tan presente, que el asiento sobre que estamos sentados, el libro que tenemos en nuestras manos, son desperdicios de cuerpos extraños que ya no existen: el aire mismo que respiramos, en su mayor parte contiene elementos capaces de acabarnos. No es, pues, necesario descender á los subterráneos espantosos, ni llamar las sombras de los muertos, ni amontonar calaveras ni huesos descarnados, para formar el espectáculo de la muerte. Los elementos mismos, criados para contribuir á nuestra vida, son criaturas destructivas que nos sumergen ó nos devoran; y el tiempo, enemigo de todo lo que dura, nos muestra en los márm-

les que roe, y broncees que carcome, el retrato de nuestro último fin.

Pero ¿qué necesidad hay de alargarnos mas sobre un asunto cuya verdad es tan palpable? ¡Ignoramos que todas las veces que bostezamos, estornudamos y respiramos, podemos arrojar el último suspiro? Un rayo imprevisto nos reduce en polvo; el mas leve soplo nos disipa y aniquila. La muerte sofoca tambien al niño que se mece en la cuna, como al viejo que apenas se mueve en la cama del dolor: se burla de los grandes y de los pequeños. Las historias todas no son mas que una, la de la muerte; no se hace contrato alguno donde no se inserte la cláusula, *en caso de muerte*. No se hacen promociones en los ejércitos, en los coros y oficinas, sino en consecuencia del fallecimiento de alguno. La mano misma del Eterno graba á cada instante la primera y mas terrible sentencia, *eres polvo*. No hay rincón alguno en el universo donde no se vea en letras ó en símbolos de todas formas y colores; y como si este alfabeto de la muerte no bastara para esplicarnos todo lo que ella es, desde nuestros primeros años aprendemos el arte de matar con destreza: los hombres no salen á la calle sino con armas, que al parecer fijan la muerte á su lado; y han inventado cuantos medios son imaginables para matarse mas cruel y ligeramente. En todo lo que nos rodea nos persigue la muerte sin poder evitarla. *Eres polvo y en polvo te has de convertir.*

→→→→→◆◆◆◆◆←←←←←

Jueves despues de Ceniza.

Como el ayuno de la Cuaresma es un remedio eficaz para curar las enfermedades del alma, la Iglesia nos propone en este dia la historia de dos curaciones corporales, obradas milagrosamente en dos personas: la una de la primera y mas noble calidad entre los hombres, y la otra de la última y mas vil condicion, para hacernos ver que no hay estado alguno en el mundo que esté excluido del beneficio de la redencion y de la salvacion. Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. El primer ejemplo de estas curaciones milagrosas es el del rey Ezequías, cuya historia se lee en la Epístola de la misa: el otro es el del criado de un centurion, ó capitán de una compañía de cien hombres; y este milagro es el asunto del Evangelio del dia.

Ezequías, rey de Judá, era hijo de Acáz y de Abías, y nieto de

Joatan: era un príncipe muy religioso; restableció enteramente el culto del verdadero Dios en el reino de Judá, cuyo gobierno tomó hácia el año 727 ántes de Jesucristo. Los judíos habian caído en la mayor parte de las supersticiones paganas, por el descuido, y tal vez por la irreligion de los que los gobernaban, y por el comercio que habian tenido con los paganos. El piadoso príncipe hizo echar á tierra todos los altares que se habian fabricado en honor de los falsos dioses en las alturas de los montes, quemó los bosques consagrados á estas falsas divinidades, y demolió la serpiente de metal que los judíos conservaban; hizo esto á fin de quitarles toda ocasion de idolatría. Eusebio dice que suprimió muchos libros de Salomon que trataban de cosas naturales, por el abuso que los simples hacian de ellos. Despues de haber restablecido la religion, hizo la guerra á los enemigos del estado. Tan valiente como religioso, venció y sujetó á los filisteos, que se habian rebelado contra su padre.

En el cuarto y sexto año de su reinado, Salmanasar tomó á Samaria, y dió fin al reino de Israel, habiendo cogido prisionero al rey Oseas, que murió en la prision. Por el mismo tiempo, Senaquerib, rey de los asirios, hizo grandes conquistas en la Palestina y en las provincias vecinas: entró en Egipto, y lo conquistó. Irritado contra Ezequías, por haber rehusado pagarle el tributo que le pedia, envió á Rabsaces, uno de sus oficiales, para que le amenazara que lo llevaria todo á sangre y fuego, burlándose de la confianza que este piadoso príncipe tenia en Dios á vista de las fuerzas de un monarca á quien hasta entónces ninguna potencia habia podido resistir. Ezequías, oyendo estas insultantes amenazas, recurrió á Dios, y para implorar su ayuda, se vistió de un saco, va al templo, y manda que se lea la carta blasfema de Senaquerib, y pasa un largo rato en oracion. El Profeta Isafas mandó decirle que no temiera aquellas amenazas, prometiéndole que Dios pelearia por él. En efecto, habiendo puesto Senaquerib sitio á Jersalen con un ejército de doscientos mil hombres, envió Dios por la noche á un ángel que mató ciento ochenta mil. Viendo Senaquerib por la mañana esta grande mortandad, se retiró precipitadamente á sus estados, dejando todo su equipage en poder de sus contrarios.

Admiró Ezequías la mano omnipotente del Dios de los ejércitos en esta milagrosa mortandad del ejército del rey de los asirios; pero la Escritura dice, que este príncipe no reconoció como debia el favor que Dios le habia hecho, y que dejándose llevar del orgullo:

lo castigó Dios y lo humilló; pero lo castigó como padre, y su castigo fué para él una nueva prueba de la bondad de Dios. Cayó peligrosamente enfermo; y los judíos creen que fué castigado por no haber dado solemnes acciones de gracias, y cantado un cántico de alabanzas al Señor despues de la derrota, á imitacion de Moises. Sea de esto lo que fuere, Ezequías se encontró muy enfermo, y su enfermedad se creyó mortal. Habiendo venido el Profeta Isafas á visitarlo, le dice: Príncipe, oíd lo que el Señor me manda que os diga: *No penseis en otra cosa que en poner en orden los negocios de vuestra casa, porque moriréis, y no escaparéis de esta enfermedad.* Esta sentencia fatal, salida de la boca de un Profeta, conternó á este príncipe, que solo llevaba hasta entónces catorce años de reinado. Vuelve su cara hácia la pared, para orar con mas recogimiento y respeto, y para derramar con mas libertad lágrimas de amargura y de dolor. San Gerónimo es de dictámen que se volvió hácia el templo; y allí derramando su corazon delante de Dios, exclamó: Señor, tened compasion de vuestro siervo, y dejaos mover de mis lágrimas. Acordaos que he caminado delante de vos con un corazon recto y puro, con una fidelidad constante y continua. Acordaos que aunque soy pecador, jamas he querido desagradaros deli-beradamente, ántes bien, siempre he querido hacer lo que era bueno y agradable á vuestros ojos. Abandonándose despues de esta plegaria al dolor, virtió lágrimas en grande abundancia.

Movido el Señor á compasion á vista de su oracion y de sus lágrimas; todavía no habia salido del palacio Isafas, cuando Dios le mandó que volviera á ver al rey y le dijese, que el Dios de David su Padre habia oído su oracion y atendido á sus lágrimas; que no moriria de aquella enfermedad; que viviria todavía quince años, y que no tendria que temer á los asirios. Isafas corre á llevar esta gustosa noticia á Ezequías, y la recibe con tanto gozo, que parece aun duda de su curacion, pues le dice: *¿Qué señal me dais en confirmacion de vuestra palabra? Era entónces despues de medio dia, y el sol caminaba hácia el Poniente. ¿Queréis en prueba de mi anuncio, le responde Isafas, que la sombra del sol se anticipe diez lineas, ó que retroceda otras tantas? Es fácil que la sombra se adelante las diez lineas, dijo Ezequías: haced pues que suba retrocediendo otras tantas.* Habiéndose puesto al punto el profeta en oracion, se vió que la sombra que habia pasado diez lineas, volvió hácia atras igual número de grados en el reloj de Acáz.

Los intérpretes están bastante divididos sobre el modo y la hechura del reloj de Acáz. San Gerónimo es de sentir, que era una muestra dispuesta con arte, sobre la cual señalaba las horas la sombra del sol. San Cirilo Alejandrino lo concibió á manera de una escalera que Acáz, padre de Ezequias, habia hecho fabricar con tal artificio y proporcion, que por la sombra de las gradas señalaba las horas y el curso del sol. Se cree tambien que el rey podia ver desde su cámara, y aun desde su lecho el reloj. Por lo que mira á la retrogradacion, el Profeta dice claramente, que no fué solo la sombra quien subió diez líneas retrocediendo, sino que el sol subió los diez grados, por los cuales habia ya bajado; y por consiguiente este dia debió ser diez horas mas largo que los dias ordinarios, pues todo el universo quedó aturrido de un suceso tan extraordinario y tan maravilloso. Se extendió hasta los pueblos vecinos la fama de que el cielo habia obrado este prodigio en favor de Ezequias.

Podria causarnos admiracion el ver que uno de los mas santos reyes, tan celoso en hacer florecer la religion en todos sus estados, y que tuvo una vida tan inocente y llena de buenas obras, se amilanara y abandonara al dolor al acercarse su muerte, al paso que vemos tantos santos en la nueva ley, que miran á la muerte con gozo. Pero esta diferencia de los santos del uno y otro Testamento, es una prueba de la excelencia de la ley nueva sobre la antigua. Confesamos, es verdad, que el Antiguo Testamento nos propone grandes ejemplos de virtudes en los santos y en los patriarcas; pero tambien es preciso conocer, que su virtud aunque grande y verdadera, era todavia ruda, y en cierto modo terrena. No así los de la nueva ley; porque la sangre de Jesucristo ha producido en ellos sentimientos mucho mas nobles y elevados, y una virtud mas purificada y mas sublime.

El Evangelio de la misa de este dia, cuenta la historia de la otra curacion milagrosa del criado del centurion. Habiendo bajado el hijo de Dios del monte donde habia predicado, entraba en Cafarnaum seguido de una tropa de gentes que no se cansaban de oírle. Los mismos gentiles, oyendo hablar de las maravillas que obraba, le profesaban una veneracion y una estimacion infinita; tanto, que el centurion que mandaba la guarnicion romana en Cafarnaum, vino á hablarle, y habiéndole saludado con una profunda reverencia, le dijo: Señor, tengo en casa un criado que está en la cama paralítico, y padece grandes dolores. ¡Bella lección; un verdade-

ro ejemplo es el que nos dá el centurion, sobre la caridad que debemos tener con los domésticos! Debemos compadecernos de sus males, buscar los medios de aliviarlos y no descansar en los otros. Yo iré á tu casa, le responde el Salvador, y curaré al enfermo. Observemos la disposicion y bondad del Salvador en esta respuesta.

¿Vos Señor, quereis venir á mi casa? ¡Ah! no merezco que vos me hagais esta honra, ni que os toméis ese trabajo; solo con que digais una palabra, estoy seguro que mi criado quedará sano; porque vos no recibis las órdenes de nadie, pues no tenéis otro que sea sobre vos. Toda la naturaleza os obedece como á su soberano dueño, y solo con que digais que un enfermo sea curado, lo será al punto; pues yo que no soy mas que un oficial, solo con que diga á mis criados y á mis soldados: Venid aquí; id allí; haced lo que os mando, al instante me obedecen. Este razonamiento agradó sobremanera al Salvador, y no pudo dejar de manifestar su admiracion. No es esto decir que la admiracion que mostró, naciese de ignorancia ó de sorpresa; pues lo sabia todo, lo preveía todo y nada podia hacerle novedad. Esta admiracion aparente era un efecto de la extrema satisfaccion que tuvo de la fe de este oficial romano, la que le hizo decir á todo el pueblo que le seguía: "En verdad que no he hallado tanta fé en todo Israel en ninguno de aquellos á quienes he hecho mas bien y que están mas obligados á creer y esperar en mí. Es menester que vuestra fé sea tan pura, tan firme, tan perfecta, como la del centurion, si me quereis agradar y recibir mis favores. Tened por cierto, y desde ahora os lo anuncio, que muchas gentes vendrán de las estremidades del Oriente y del Occidente, y tendrán lugar con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; y los hijos de la casa que podian pretender ser los primeros en este reino, como en herencia que se les habia destinado con preferencia á los otros, serán arrojados al abismo donde jamas verán la luz, donde no habrá para ellos sino desesperacion, crujir de dientes y lágrimas." Profecía que se verifica aun hoy entre los infieles que reciben la luz del Evangelio, y resucitan en el Oriente y Occidente el fervor de los primeros cristianos, mientras que nosotros vemos debilitarse la fé y aun apagarse de todo punto. ¿De qué nos sirve haber nacido hijos del reino, si por nuestras infidelidades dejamos pasar á otras manos la herencia de los hijos? La fé se apaga desde que las costumbres se corrompen. Se empieza ordinariamente por la corrupcion del corazon, antes de ver nacer los errores del espíritu. Pocos

hereses hay, pocos cismáticos y sectarios que no tengan las costumbres depravadas. Disfrácese cuanto se quiera el desórden y la pasión; las mas vergonzosas pasiones son siempre, ó el origen, ó á lo menos el efecto de la heregía y del error.

Cuando el Evangelio dice que Jesus se mostró admirado, este es un modo de hablar que explica la satisfaccion que tuvo el Salvador de encontrar en este extranjero una fé tan viva y tan firme, que no quiso dejar de recompensársela, pues le dijo: Vé y hágase contigo segun has creido: y al mismo instante quedó sano su criado. En efecto, habiendo vuelto á su alojamiento el centurion y los de su séquito, hallaron al enfermo perfectamente curado de su parálisis. Mas advertimos que cuando dijo el Salvador que no habia encontrado una fé tan grande en Israel, es menester exceptuar á la Virgen Santísima y á los Apóstoles; y esta expresion no embaraza en que la fé de este extranjero fuese capaz de confundir la incredulidad de la nacion judaica. Es claro que estas palabras: *Muchos vendrán del Oriente y del Occidente*, esto es, de todas las partes del mundo, denotan visiblemente la vocacion de los gentiles, los cuales por su docilidad en recibir el Evangelio, han merecido ser sustituidos en lugar de los judíos y sucederles en todos sus derechos, como se ha verificado. Los judíos eran los vasallos naturales del reino del Mesias: habiéndose excluido ellos mismos por su ingratitude y por su pura malicia de la iglesia de Jesucristo, han merecido ser desterrados para siempre de la sala del convite celestial, y ser precipitados al fuego del infierno.

La epístola es del capítulo XXXVIII del profeta Isaías.

En aquellos dias: Ezequías enfermó de muerte; y entró á visitarle el profeta Isaías, hijo de Amos, y le dijo: Esto dice el Señor: Dispon de las cosas de tu casa, porque vas á morir, y estás al fin de tu vida. Y volvió Ezequías su rostro á la pared y oró al Señor diciendo: Acuérdate, te ruego, ó Señor, de como he caminado en tu presencia con sinceridad y con un corazon perfecto, y que he hecho lo que era agradable á tus ojos. Y prorumpió Ezequías en un deshecho llanto. Y habló el Señor á Isaías, diciendo: Anda y dí á Ezequías: Esto dice el Señor Dios de tu padre David: He oido tu oracion y visto tus lágrimas: He aquí que te daré quinze años mas de vida: y te libraré del poder del rey de los asirios á tí y á esa ciudad, y la protegeré: dice el Señor omnipotente.

El Evangelio es del capítulo VIII de San Mateo.

En aquel tiempo: Al entrar Jesus en Cafarnaum le salió al encuentro un centurion, y le rogaba diciendo: Señor, un criado mio está postrado en mi casa, paralítico, y padece muchísimo. Dícele Jesus: “Yo iré y le curaré.” Y replicó el centurion: “Señor, no soy yo digno de que tu entres en mi casa; pero mándalo con tú palabra, y quedará curado mi criado. Pues aun yo, que no soy mas que un hombre sujeto á otros, como tengo soldados á mi mando, digo al uno: Marcha, y él marcha; y al otro: Ven, y viene; y á mi criado: Haz esto, y lo hace. Al oír esto Jesus, mostró grande admiracion, y dijo á los que le seguian: En verdad os digo, que ni aun en medio de Israel he hallado fé tan grande. Así yo os declaro que vendrán muchos del Oriente y Occidente, y estarán á la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mientras que los hijos del reino serán echados fuera á las tinieblas: allí será el llanto y el crugir de dientes. Despues dijo Jesus al Centurion: “Véte, y sucédate conforme haz creido;” y en aquella hora misma quedó sano el criado.

MEDITACION.

Sobre el Evangelio del día.

Considera que si la fé es el principio indispensable para la existencia de la esperanza y de la caridad, no es ménos necesaria la caridad para la perfeccion de la fé y de la esperanza: ella es la que les da la vida, y hace que se lleven á tal perfeccion, que puedan servir de admiracion y asombro á toda inteligencia criada. Aun aquel que propiamente no podia admirarse, por ser la misma increada sabiduría, mostró admiracion al ver un ejemplo de esta naturaleza. El evangelio de este dia, en un solo rasgo nos presenta el fundamento y las pruebas en que estriba y con que se comprueba la verdad que acabamos de asentar. Un centurion, hombre humilde y sencillo, se presenta á Jesus, y le pide la salud para su criado. Yo iré y le curaré, respondió Jesucristo; y entónces aquel hombre, alumbado con una luz sobrenatural, manifiesta y descubre en su humilde respuesta, una fé verdaderamente viva y perfecta. Él muestra que reconoce en Jesucristo un Dios omnipotente que con solo que-

rer hace cuanto quiere: un Dios de infinita Magestad, de cuya visita no se encuentra digno. ¿Y por qué esto? Ya lo dijimos al principio: porque este hombre viene movido de la caridad para con su doméstico á implorarle la salud, por disposición de aquel que reconoce y adora por su Dios. Esta obra de caridad, hecha con todo el afecto de un corazón tierno y compasivo, comunicó vida y perfección á su fé. ¿Qué fé mas viva que la que se halla acompañada de una esperanza y confianza tan firmes, que no duda recibir el beneficio que implora humildemente? ¿Qué fé mas viva que aquella, que en un caso práctico en que tiene tanto interes, sabe prescindir de aquellas acciones ó muestras exteriores en que funda su seguridad un corazón terreno que desea con ansia alguna cosa? ¿Qué fé mas perfecta, que aquella que reconoce la soberanía y el poder sin limites de un Dios que se halla en todas partes por esencia, presencia y potencia? ¡Ah! Tengamos nosotros una fé semejante; sea esta animada por la caridad, y nuestro buen Dios otorgará benigno nuestras peticiones.

Considera que la caridad no solo anima y perfecciona la fé, sino que es la vida de todas las demas virtudes. Bien se insinúa esta verdad en la humildad de que vemos poseido al centurion: él protesta que no es digno de que el Señor entre en su habitacion: él confiesa francamente que no es mas que un hombre sujeto á las órdenes de otros; y lejos del fausto y de la ostentacion con que las personas distinguidas con algun cargo de superioridad procuran atraerse la estimacion y respeto de los demas, él públicamente confiesa su pequeñez y su indignidad. ¿Y es sola la humildad la virtud moral de que dá muestras este hombre? El Evangelio no marca otra; ¿pero ignoramos que la humildad es la base y cimiento de las demas virtudes, y que tenida esta, ya se encuentran las raices ó principios de las demas? De luego á luego brota la sinceridad con que se produce este hombre, la atencion, el respeto, la veneracion con que habla al Salvador. Y bien, ¿de dónde viene este conjunto de virtudes y de nobles afectos, que admiramos nacidos en un terreno ántes inculco, que debe toda su ferocidad á la inspiracion de un Dios que obra todas las cosas con sumo orden y concierto? Del mismo principio que notamos arriba: de la caridad, que hace de un vaso de perdicion un vaso de eleccion: de la caridad, que transforma al hombre de terreno en espiritual: de la caridad, que purifica y acrisola á las almas: de la caridad, que vivifica todas las virtudes, y les da to-

do el mérito para atraerse la bendicion de Dios y adquirirse su agrado soberano. Bien se ve en el triste anuncio con que Jesucristo nos hace antevel la reprobacion de los hijos del reino: la caridad sentó en la mesa á los gentiles con Abraham, Isaac y Jacob; y la falta de caridad en los judíos los dió á la parte de los réprobos en las tinieblas exteriores.

PETICION Y PROPOSITOS.

¿Y qué, Dios mio, será esta la parte que me toque, cuando retribuyas á los hombres segun su merecido? Mis pecados no me han hecho acreedor á otra retribucion; pero si tengo caridad, ella consumirá mi iniquidad, me limpiará de la mancha del pecado, y me dará á la parte de vuestros escogidos. Poderosa es para sacarme del estado de muerte en que me encuentro, y traerme á la vida que vos me merecis y me donais. Sea así, Dios mio, que sea yo inflamado en tu divino amor, de tal manera que creciendo este fuego en mi alma, acelere su purificacion y abrevie los pasos con que debo marchar en el progreso y perfeccion de la virtud. Mas dadme la humildad de corazón que tanto os agrada, y hace que abunde vuestra gracia en las almas.

JACULATORIA.

Señor, yo no soy digno de que vengas á mí; mas di aquella palabra de vida, con que te dispones tu morada en el hombre.

LECCION.

Sobre la virtud de la fé.

La fé, esa virtud sobrenatural que se nos infundió en el bautismo, es el apoyo del culto y de la piedad; quítese, y al momento todo viene abajo. Ella ilustra los entendimientos y los ensalza hasta conversar con Dios; ¿Quién sin la fé podrá llegar hasta el trono del Eterno! Nuestra imaginacion siempre entrenida con los sentidos; nuestra razon siempre cereada de tinieblas, y nuestra voluntad siempre asida de los bienes terrenos, no tienen mérito ni virtud para espiritualizarnos tanto como es preciso para unirnos al Sér Supremo; mas con el don sobrenatural de la fé, nos hacemos criaturas de un orden privilegiado; nos despojamos de las ideas corporales, menos-

preciamos los halagos del mundo, solo miramos los bienes eternos, y nos introducimos en una santa familiaridad con el mismo Dios: con la fé rompemos los densos nublados que nos usurpan é impiden la presencia y accion del Criador: con la fé entreabrimos los cielos, y vemos todas las grandezas y maravillas del Todopoderoso.

La criatura sin la fé no puede honrar dignamente al Criador. La fé es un vasallage con que nuestra alma reconoce su flaqueza y dependencia, tributando á Dios lo que le pertenece, y sacrificándole todas nuestras luces. Nuestra fé no es una ilusion, pues que tiene fundamentos tan sólidos. Cuanto mas uno se somete á ella, tanto es mas racional. Vuestros testimonios, dice David, hablando con Dios, no pueden dejar de ser evidentes. Todos los siglos, las generaciones todas y todo el universo, concurren á afirmar nuestra fé y la hacen reconocer como sello con todos los caractéres divinos.

Todas las ciencias que no se refieren á la fé, no tienen mas que un objeto finito y un provecho momentáneo; pero la fé, superior á todas las combinaciones y racionios, se extiende mas allá del mismo cielo. El universo sin la fé, estaria lo mismo que sin la luz; y los hombres, juguete de los sofismas, de las paradojas y de las conjeturas, no ven sino al través de densas sombras, á un Dios á quien nombran de diverso modo porque no lo conocen. Lo que decimos no es una suposicion ó arrebatado del entusiasmo ó de la imaginacion, son desgracias que han visto todos los siglos y que palpamos en el nuestro. ¡Ah, qué pocos hay que tengan la fé del centurion!

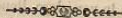
¡Cuán grande es el hombre animado con la fé! Saluda desde la tierra á su patria el cielo, morada y descanso del mismo Dios: desprecia los honores, abandona los bienes, y solo suspira por la herencia de los santos: desafia á todas las potencias del universo á que turben é inquieten su corazon: éste, enteramente desprendido de la tierra, y siempre pronto para despojarse del cuerpo de muerte que le agobia; no vé mas que á Dios, y nada entiende sino á Dios: en él solo confia: *Di una sola palabra y mi siervo quedará sano.* Si le dicen como á Job, que sus ganados han perecido con el fuego del cielo; que sus hijos han sido cubiertos con las ruinas de una casa, y que su padre, madre y muger espiran, responde, no con un estoicismo ridículo, sino con una tierra y santa conformidad: "Cúmplase la voluntad de Dios.

Lo dicho se entiende, no de una fé muerta que solo consiste en palabras, sino de aquella fé á la que San Pablo atribuye la pacien-

cia, el valor y la obediencia de los justos del Antiguo Testamento; porque la fé, que verdaderamente es don de Dios y semilla del bien, hace obrar cosas maravillosas: sin ella no tendríamos sacrificios que ofrecer al Eterno; no debiendo consagrarle una víctima menor que nuestro corazon, pues que le debemos toda sumision y vasallage á quien nos formó. Todo lo dicho no es sino un ligero elogio de la fé: el mas excelente que podemos tributarle, es decir, que con ella participamos en cierto modo de la presencia del mismo Dios, y por esto el centurion dijo á Jesucristo vida nuestra: *No soy digno, Señor de que entres en mi casa; mas mándalo con tu palabra, y será sano mi siervo; no es, pues, necesario que vayas;* allí estás ya presente por tu poder. ¡Qué fé la de este centurion! Con razon el sabio por esencia se admiró en cierto modo. *Cuando oyó esto Jesus,* dice San Mateo, *se maravilló y dijo á los que le seguian: "Verdaderamente os digo, que no he hallado fé tan grande en Israel."* Con la fé se vé el regreso de Elias al mundo como si estuviera presente: la resurreccion de los muertos, como si sucediera en este instante: el juicio final, como si se estuviera verificando actualmente, y la vida eterna, como si ya se poseyese: se vé al hombre que espira con mas vida que la que tenia en su cuerpo mortal; y por último, se ven todos los acaecimientos, todos los siglos y toda la naturaleza, subordinados á las órdenes de un Dueño y Señor, que no deja de obrar en cada momento: de este modo la fé multiplica nuestros conocimientos, nos manifiesta lo venidero, llena nuestra alma de ideas sublimes, y nos facilita mil medios de meditar y de edificarnos. Ella regula nuestras pasiones, ella, en fin, nos eleva sobre el universo y sobre nosotros mismos.

Si yo tengo verdadera fé, mis amigos y mis parientes que he visto llevar al sepulcro, no han muerto para mí: yo los veo en aquella inmensa region de los espíritus: donde los unos expian sus culpas, y los otros, embriagados por un torrente de delicias, tienen gustos y consolaciones inefables, y á donde otros mas desgraciados gimen bajo el peso de la justicia eterna, sin esperanza alguna de consuelo. ¡Ay! Una fé como la de Ezequiel, que manifestó á su siervo rasgos de fuego y ejércitos numerosos en los aires, nos descubre una multitud de ángeles que cuidan de nuestra custodia y nos defienden de las tentaciones y de los esfuerzos de los espíritus rebeldes cuya malicia no solicita otra cosa que destruirnos. La incredulidad se burla de todo esto; pero prontamente la misma

será condenada: su juicio se prepara, ó mas bien, hablando en frase de la Escritura, ya está juzgada, y los abismos están abiertos para tragársela: ya el Dios terrible aparece, ejerce sus venganzas, y no deja al alma rebelde por patrimonio sino la rabia y la desesperación. Ya desapareció el universo, y no queda de todos nuestros bienes, de todos nuestros honores y de todos nuestros proyectos, sino un principio indestructible que subsiste en nosotros, que es emanación de la inteligencia suprema, y cuya suerte futura consiste en uno de estos dos extremos, padecer el castigo de sus malas obras, ó recibir la recompensa de su buena conducta. El físico con sus instrumentos descubre en el universo multitud de objetos y maravillas que se esconden á los ojos del vulgo; y el cristiano, animado por la fé, descubre milagros y misterios que no conocen los profanos. El incrédulo vive en este mundo como en un pais donde todo es casual y fortuito; pero el hombre que es de Dios, no vé moverse la hoja de un árbol, ni andar el gusano, ni arrastrarse el reptil, sin reconocer en todo la mano benéfica del Omnipotente que no cesa de obrar. El que carece de la fé, está aislado sobre la tierra, no considerándose ciudadano, amigo ni pariente sino por mera casualidad; pero el discípulo de Cristo se halla en compañía con todos los santos, con todos los ángeles y con el mismo Dios: esta idea lo consuela, lo enriquece y lo eleva sobre todo lo eriado.



Viérnes despues de Ceniza.

La Iglesia, siempre atenta á las necesidades espirituales de sus hijos, y deseosa de procurarles todas las utilidades que pueden resultarles de los ejercicios de religion que les prescribe, se aplica en estos dias primeros de Cuaresma á amonestarlos sobre todo lo que podria hacerles su ayuno infructuoso, y á enseñarles el secreto y el medio de hacer saludable su penitencia. Toda la misa de este dia se dirige á este fin. El Introito, la Epístola y el Evangelio, son una leccion importante con que el Espíritu Santo nos enseña lo que debemos evitar, y lo que debemos hacer para que nuestro ayuno sea agradable al Señor, y para que hagamos en este santo tiempo dignos frutos de penitencia.

La misa comienza por estas tiernas palabras del salmo 29: El Señor me oyó, se compadeció de mí y me socorrió. Por este motivo

yo os alabaré, Dios mio, porque os habeis encargado de mi cuidadosamente y no habeis permitido que mis enemigos tuviesen el gusto de verme caido. El sentido moral y alegórico en que entiendo la Iglesia estas palabras, es dar gracias á Dios por la proteccion especial que emplea el Señor con los que le sirven con fidelidad, y que procuran satisfacer á su justicia con la penitencia.

La epístola es una de las mas importantes lecciones que da Dios á su pueblo por boca de Isaías, para hacerle evitar todo lo que puede hacer inútil y defectuoso el ayuno, y para enseñarle con qué espíritu debe ayunar y mortificarse, para hacer dignos frutos de penitencia. Porque á la verdad es cosa bien triste maltratar su carne y sus sentidos para hacerse mas criminal delante de Dios, y para irritar mas su justicia y su indignacion, en lugar de aplacarla con los rigores de la penitencia. Esto es lo que hacen todos los que ayunan con malas disposiciones, por motivos poco puros y con pasiones poco mortificadas. Ayunan; ¡pero de qué sirve esta mortificacion del cuerpo, esta abstinencia observada con rigor, si alimentan el corazon una codicia que quisiera tragárselo todo; unas pasiones que en todo se satisfacen, un deseo de venganza que todo lo consume? ¡De qué les sirve el ayunar cuando hacen ostentacion de su ayuno? Dice Dios á su Profeta: Haz que tu voz resuene como una trompeta, que se oye en todas partes, para anunciar á mi pueblo, que yo miro mas bien al corazon que á ese exterior engañoso que solo puede deslumbrar á los hombres. Vosotros estais cargados de delitos, vuestro corazon está manchado con mil pecados, las pasiones reinan en él con imperio, el amor al mundo ha desterrado de él el amor á Dios; estais llenos de vanidad; un vil interes, una venganza envejecida, os hace objetos de horror á mis ojos; ¡y pretendéis agradarme con un ayuno blanqueado, con una penitencia artificiosa? ¡Queréis honraros y honrarme con esta mascarilla de piedad, como si yo fuera capaz de dejarme engañar? Estos hipócritas se lisonjean de que me buscan todos los dias, al paso que me obligan á apartarme de ellos cada dia mas. ¿Queremos conocer los caminos del Señor? El Evangelio nos los enseña demasiado; pocos los ignoramos, todos los dias nos los predicán. Confesémos que el alejarnos de ellos no es por ignorancia, sino por pura malicia y por un espíritu de libertinaje. Queremos conocer los caminos de Dios, y por eso buscamos directores sabios; pero si este deseo es sincero, ¿de dónde nasce que saquemos tan poco fruto de estas direcciones? ¿Queremos acer

cernos á Dios? Ninguna cosa mas loable, que este ardiente deseo de la perfeccion; ¿pero ignoramos que solo podemos santificarnos con la inocencia, con la pureza de corazon, con la victoria de todas las pasiones, con la regularidad de las costumbres, con el ejercicio de la penitencia? ¿Ignoramos que es indispensable el apartarnos del mundo, si queremos sinceramente acercarnos á Dios?

Esta y no otra será la razon por que el Señor, á la hora de nuestra muerte, nos reprobará nuestras penitencias. Siervos infieles, nos dirá el Señor, es verdad que ayunasteis; ¿pero al ayunar, os abstuvisteis de vuestras iniquidades, de vuestras impurezas, de vuestros vicios? ¿Cuando ayunábais restituisteis aquella hacienda mal habida, apagásteis en vuestro corazon aquel espíritu de concupiscencia; apagásteis aquel espíritu de venganza y malignidad para con vuestros hermanos? ¿Cuando ayunábais, rompisteis aquel trato criminal, aquellos lazos tan funestos á la inocencia? ¿Comenzásteis vuestro ayuno pagando á aquellos jornaleros, á aquellos domésticos, á aquellos mercaderes á quienes vuestra tardanza en pagarles ocasionó un notable perjuicio? En fin, cuando os humillábais bajo la ceniza, ¿os humillásteis delante del Señor y os reconciliásteis con él por medio de una santa conversion, de una perfecta contricion? ¿Esto es lo que llamais ayuno y dias agradables al Señor? Yo no me pago de un exterior mortificado, dice el Señor, ni de una penitencia imperfecta. Esas señales, esas simulaciones y fingimientos de penitencia, solo sirven para hacer al hombre mas hipócrita y mas criminal. El ayuno que yo apruebo, nos dice el Señor, que me es verdaderamente agradable, que miro con complacencia, y que recompenso con liberalidad, es aquel que empieza siempre por la penitencia, rompiendo los lazos de la iniquidad, reformando las costumbres y entregándoos á una vida inocente. Ni aun es bastante, continúa el Salvador, romper estos lazos criminales: no basta sustraer su alimento á la sensualidad para hacer fructuoso vuestro ayuno. Para que me sea agradable, acompañadlo con el ejercicio de las obras de misericordia, principalmente de la caridad: de este modo vuestras oraciones serán infaliblemente oídas, y aun prevendré vuestros deseos y vuestros votos.

El santo tiempo de Cuaresma se representa á muchas personas como un tiempo horrible, oscuro y fecundo en tempestades: tal es para aquellos que no la observan ni la guardan como conviene. Pero es un tiempo de bendiciones, de consuelo y de gracia para aque-

llos que hacen de él un tiempo de salvacion por las obras de piedad y de caridad que añaden á su penitencia. Oigamos al mismo Profeta: "Si socorriéreis al pobre con una efusion de corazon, y si lloráreis de consuelo á las almas afligidas, vuestra luz nacerá en las tinieblas, vuestra religion y vuestra virtud, brillarán bajo de vuestra modestia y bajo de ese aire de reforma, y vuestras tinieblas, esto es, ese aire de recogimiento, de retiro, será como el medio dia. No hay persona religiosa, casi no hay cristiano que no ayune la Cuaresma: ¡De dónde, pues, nace que este ayuno sea seguido de tan pocos frutos? Nace de que no se ayuna segun el espíritu de Jesucristo y la intencion de la Iglesia. No ayuneis en adelante, dice el Profeta, como habeis ayunado hasta aquí. Ayunad con un espíritu de penitencia, de inocencia y de caridad.

El Evangelio de hoy nos trae á la memoria el mandamiento que nos impone Dios de amar á nuestros enemigos, y perdonar de lo íntimo del corazon todas las injurias; y procurando siempre inspirarnos horror á la hipocresía, nos enseña con qué espíritu y con qué disposiciones debemos cumplir con todas las obligaciones de la caridad.

Vosotros habeis oido, decia Jesucristo á sus discípulos y á todo pueblo, que se dijo: Amarás á aquel con quien tienes alguna relacion ó amistad, y aborrecerás á tu enemigo. (Estas últimas palabras no se encuentran en la Ley antigua, á lo ménos en términos formales: por eso algunos intérpretes creen que fuesen una glosa de los escribas y fariseos; y así el Salvador no refiere esta máxima como un artículo de la Ley, sino como una tradicion popular.) Tal vez me direis, dice el Salvador, lo que habeis oido decir frecuentemente, que la Ley manda amar al prójimo; pero que está permitido aborrecer á su enemigo. La Ley prohíbe tener comercio con los pueblos vecinos que son idólatras y enemigos del verdadero Dios, y aun ordena que sean tratados como si se les aborreciera: quiere que sean esterminados; pero no quiere que en el corazon haya enemistad contra ellos; antes manda lo contrario, pues prohíbe expresamente á los hebreos el vengarse y acordarse de las injurias. El mismo Salvador nos dice: El precepto que yo os íntimo y la ley que os impongo, es que debéis amar á vuestros enemigos, desear todo bien á los que os quieren mal, hablar bien de los que os ofenden, orar por los que os persiguen. Yo soy quien os lo manda. Obrando de esta suerte, seguiréis el ejemplo de vuestro Padre que está en el

cielo, y mereceréis que os reconozca por sus hijos legítimos. Este amable Padre hace todos los días nacer su sol sobre los buenos y sobre los malos, y la lluvia que envía del cielo, cae igualmente sobre las tierras de los que le sirven, y sobre las de los que le ofenden. No amar sino á los que os aman, no es un afecto digno de gran recompensa, es hacer lo que esos publicanos y usureros, cuya profesion condenais y cuyas injusticias detestais todos los días. ¿Qué pecador hay, qué bárbaro que no ame á quien lo ama, y que no preste á aquellos que cree le pueden pagar un grueso interes? Si vosotros no haceis mas que esto, ¿cómo os estarán obligados los hombres, y qué mérito esperais tener para con Dios? Finalmente, si no saludais sino á los de vuestra nacion, como la mayor parte de los judíos acostumbraban hacer, esto no es mas que una decencia y hombría de bien puramente civil, no es mas que una virtud pagana. Sed, pues, perfectos como lo es vuestro Padre celestial, dice el Salvador, imitado en la práctica de vuestra caridad, y procurad en cuanto lo permita vuestra flaqueza, aspirar á lo mas alto y elevado que hay en la virtud. El ejemplo de los Santos nos espanta, y esperamos poder llegar á donde ellos llegaron: ved aquí otro modelo que Jesucristo nos propone dándonos la perfeccion del mismo Dios por regla de la nuestra, para enseñarnos con la infinita sublimidad del modelo, que con la ayuda de la gracia debemos aspirar continuamente á una mas alta virtud.

Como la hipocresía mas peligrosa es aquella que se disfraza con la cara de piedad, y como ninguna cosa aparta tanto de la salvacion como una devocion fingida, el Salvador nada recomienda tanto, ni tan á menudo á sus discípulos, como el que se guarden del deseo de la vanagloria, y de la vil pasion de querer parecer mas buenos de lo que son: guardaos de hacer delante de los hombres vuestras buenas obras con el fin de ser vistos de ellos; si así lo hicieris, no esperéis recompensa alguna de vuestro Padre celestial. ¡Buen Dios! ¿Cuántas acciones santas en la apariencia se encontrarán perdidas para el cielo por no haber estado animadas de una intencion pura y recta! ¿Cuántos pasarémos nuestra vida en ejercicios de piedad y de zelo, y á la hora de nuestra muerte oírmos que se nos dice: Ya habeis recibido vuestra recompensa. Aunque hubiésemos tenido el don de profecía y de milagros, si nos faltó la pureza de intencion, se nos dirá: Retiraos, no sé quien sois, no os conosco. Por lo que á vosotros toca, continúa el Salvador, cuando dais limosna, haced que

vuestra caridad sea oculta, de suerte que no sepa vuestra mano sinuestra lo que hace vuestra diestra; si solo se hace por Dios la buena obra, no se debe cuidar de que los hombres la vean. Como solo de Dios se espera la recompensa, no se desea tener otros testigos. El justo se oculta á sí mismo sus buenas obras, no reflexionando sobre ellas, olvidándolas; ó si alguna vez piensa en ellas, es solo para reprenderse lo poco que hace por Dios, la tibieza con que le sirve, y el poco amor de Dios con que anima sus acciones. Solo atiende á las imperfecciones de que juzga van acompañadas siempre sus buenas obras. No está mandado, sobre todo á los ricos, el ocultar siempre sus limosnas: sus limosnas pueden ser públicas, si es público que poseen grandes rentas; es un escándalo ver á un cristiano que vive en la opulencia, y no saber si socorre á sus hermanos pobres y necesitados; pero en esta caridad pública, la intencion debe ser pura: como no se espera la recompensa sino de Dios, solo á Dios se debe mirar, y no se debe obrar sino por Dios; porque no hay vicio mas odioso, mas despreciable, ni mas abominable que la vanagloria.

FIESTA

DE LAS CINCO LLAGAS DEL DIVINO REDENTOR.

La Iglesia mexicana y otras celebran el día de hoy la fiesta de las Cinco Llagas de nuestro Señor Jesucristo, que hace mucho tiempo es la titular en la Iglesia de San Roque de la ciudad de Paris, una de sus parroquias. Habiendo querido el Salvador conservar despues de su triunfante resurreccion y de su ascension gloriosa estas llagas resplandecientes, muestras é insignias de consuelo, prendas preciosas, monumentos eternos de la bondad incomprensible del Redentor para con los hombres; ¿qué cosa mas puesta en razon que honrar con una fiesta particular estas señales permanentes é imborrables de nuestra salvacion? Jesucristo, dice San Bernardo, ha querido conservar eternamente estas divinas cicatrices, para que fuesen como otras tantas bocas que abogasen sin cesar por nosotros cerca del Soberano Juez, é implorasen la divina misericordia en favor de los pecadores. Pero defendiendo tan elocuentemente nuestra causa, echarán en cara eternamente á los condenados su negra ingratitud, su imponderable malicia y su impiedad. Para la Epístola de la misa de esta fiesta, se ha elegido el pasage del Profeta Zacarías, donde se

dice, que despues que Dios habrá derramado sobre los habitadores de Jerusalem un espíritu de gracias y de súplicas, éstos pondrán los ojos sobre aquel á quien ellos mismos habrán abierto las llagas, y llorarán á aquel á quien habrán herido, como se llora con suspiros la muerte de un hijo único. Estas palabras miran derechamente á nuestro Salvador en el primer sentido que en este pasaje es el único, y el literal. El Evangelio cuenta la historia de la crucifixion del Salvador, y en particular el pasaje del Evangelio de San Juan, donde se dice: Que un soldado le abrió el costado con una lanza, y que al punto salió de él sangre y agua.

La epistola es del capítulo LVIII del Profeta Isaías.

Esto dice el Señor Dios: Clama, no ceses: haz resonar tu voz como una trompeta, y declara á mi pueblo sus maldades, y á la casa de Jacob sus pecados; ya que cada dia me interrogan y quieren saber mis consejos. Como gente que hubiese vivido justamente, y que no hubiese abandonado la ley de su Dios, así me demandan razon de los juicios de mi justicia y quieren acercarse á Dios. ¿Cómo es que hemos ayunado, y tú no has hecho caso: hemos humillado nuestras almas, y te haces el desentendido? Es porque en el dia mismo de vuestro ayuno haceis todo cuanto se os antoja, y apremiais á todos vuestros deendores: es porque vosotros ayunais para seguir á todos vuestros pleitos y contiendas, y herir con puñadas á otro sin piedad. No ayuneis como hasta hoy dia, si quereis que se oigan en lo alto vuestros clamores. ¿El ayuno que yo aprecio, consiste acaso en que un hombre mortifique por un dia su alma, ó en que traiga su cabeza torcida de modo que casi forme un círculo, ó se tienda sobre el cilicio y la ceniza? ¿Por ventura á esto lo llamarás tú ayuno y dia aceptable al Señor? ¿Acaso el ayuno que yo estimo no es mas bien el que tú deshagas los injustos contratos, que cancelas las obligaciones que oprimen, que dejes en libertad á los que han quebrado y quites todo gravámen? ¿Que partas tu pan con el hambriento, y que á los pobres y á los que no tienen hogar los acojas en tu casa, y vistas al que veas desnudo, y no desprecies tu propia carne? Si esto haces, amanecerá tu luz como la aurora, y llegará presto tu curacion; y delante de tí irá tu justicia, y la gloria del Señor te acogerá. Invocarás entónces al Señor, y te oirá benigno: clamarás, y él te dirá: Aquí estoy. Porque soy misericordioso, yo, tu Señor y tu Dios.

El Evangelio es de los capítulos V y VI de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Habeis oido que se dijo: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo: Amar á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre celestial; el cual hace que salga su sol sobre los buenos y malos, y envia la lluvia sobre justos y pecadores. Porque si no amais sino á los que os aman, ¿qué premio habeis de tener? ¿No lo hacen así aun los publicanos? Y si no saludais á otros que á vuestros hermanos, ¿qué tiene eso de particular? Por ventura ¿no hacen tambien esto los paganos? Sed, pues, vosotros perfectos, así como lo es vuestro Padre celestial. Guardaos bien de hacer vuestras obras buenas en presencia de los hombres con el fin de que os vean: de otra manera no recibireis su galardón de vuestro Padre que está en los cielos. Y así, cuando das limosna no quieras publicarla al son de trompeta, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas, á fin de ser honrados de los hombres. En verdad os digo, que ya recibieron su recompensa. Mas tú cuando des limosna, haz que tu mano izquierda no perciba lo que hace tu derecha, para que tu limosna quede oculta: y tu Padre que ve lo oculto, te recompensará.

MEDITACION.

Sobre el complemento y perfeccion del ayuno.

Considera que el ayuno que agrada á un Dios de infinita perfeccion, no debe ser un ayuno de tan poca entidad como el que se hace absteniéndose de segunda comida y privándose de tales ó cuales carnes; porque, primeramente, este ayuno es poco sacrificio para protestar con él el amor que debemos á un Dios tan bueno en sí, y tan benéfico para nosotros; y en segundo lugar, que ya vemos que puede ejecutarse sin que obre una total reforma, esto es, observado por personas que absteniéndose de manjares, no se abstienen de pecar ni de dar rienda suelta á sus pasiones y apetitos. ¿Será pues, este ayuno suficiente para llenar aquel objeto? ¿A un Dios que tiene en sí toda bondad, se le protestará dignamente con solo esta abstinencia? ¿A un Dios que emplea en nuestro beneficio esa misma bondad suya y perfecta, se le corresponderá decorosamente con

un medio tan débil y de tan poca entidad? Es verdad que su Magstad misma no exigió al primer hombre mas que la abstinencia de uno de los frutos del paraíso; mas era en el estado de la inocencia y justicia original en que fué criado: empero en el estado deplorable de pecado y corrupcion en que desgraciadamente nos hallamos, bastará solo el ayuno eclesiástico, cuando nuestro corazon abunda en la malicia, y por cuantos medios nos son dados brotamos la iniquidad y la torpeza? Ciertamente que no. Santo y provechoso en sumo grado es el ayuno eclesiástico; pero acompañado del ayuno y abstinencia de todo aquello que alimenta nuestras pasiones, que fomenta nuestros vicios, y produce en nosotros el pecado. Cierro es que la Iglesia por la ley del ayuno cuadregesimal solo nos obliga á él bajo de culpa; pero no por eso nos excusa de toda la demas abstinencia á que por ley natural y divina estamos ya obligados, que demanda la salud de nuestra alma, y que merece en toda plenitud un Dios á quien debemos amar con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, con todo nuestro corazon y con todas nuestras fuerzas.

Considera que si Dios merece la plenitud de nuestro ayuno, no merece ménos la perfeccion con que debemos hacerlo. Basta ser quien es, para que nosotros le sirviéramos hasta los ápices de la perfeccion; pero cuánto mas crece esta obligacion cuando vemos que el Señor nos atiende y socorre, no solo en la mayor y mas interesante de nuestras necesidades, sino en lo mas pequeño y menos importante de nuestro recreo, de nuestro gusto, de nuestro consue; lo: cuando vemos que venido á la tierra para manifestárnos mas su amor, nos ama hasta el fin, hasta el extremo de mayor perfeccion, de mas completo sacrificio, de donacion mas generosa: cuando vemos que para desempeñar su obra y darnos ejemplo, llena con su obediencia desde lo mas esencial de su divina empresa hasta la mas pequeña circunstancia. ¡Y en vista de esto, serémos tan poco amantes, tan poco zelosos, tan poco aprovechados, que nos contentemos con hacer algo de lo que nos manda, con sacrificarle una parte de nuestro gusto ó de nuestro interes, con reformarnos en parte ó hasta cierto grado, dejando lo demas para la satisfaccion de nuestros apetitos, para el recreo de nuestros sentidos, para alimento de ciertas pasioncillas, que son puntualmente las que impiden nuestra perfecta conversion, y las que por consiguiente quiere el Señor que lo sacrificuemos! ¡Oh! no debe ser esta nuestra correspondencia á un

Dios que nada nos niega, nada nos reserva de cuanto podemos racionalmente apetecer, y que por el contrario, nos hace abundar en los bienes de naturaleza y de gracia, y fecunda en nuestras almas las virtudes, para que con su fortaleza podamos vencer la resistencia de la carne y desempeñar con facilidad las obras santas y meritorias que exige de nosotros.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Así lo reconozco, Dios de mi corazon; mi conducta ha correspondido muy poco, ó casi nada á lo mucho que habeis hecho por mí, y con que me habeis beneficiado. Si yo no os sirvo en toda plenitud y perfeccion al amor que os debo, mi vida no será digna de vuestra aceptacion, ni hallaréis en ella cosa que premiar, sino al contrario, mucho que reprimir y castigar. ¿De qué me servirá haber ayunado, si en todo lo demas que me ha pedido mi insaciable apetito, le he dado gusto con criminal exceso? No, no será así de hoy en adelante: la luz que me habeis dado por medio de estas reflexiones, me ha hecho conocer hasta la evidencia la plenitud y perfeccion del ayuno que necesito y vos quereis de mí. Examinaré mi corazon: observaré sus inclinaciones, y me dedicaré á vencerlas con el auxilio de vuestra gracia, que humildemente imploro.

JACULATORIA.

Humillaré, Señor, mi alma en el ayuno.

LECCION.

Del amor á nuestros enemigos.

El carácter propio y distintivo del cristiano es el amor á sus mismos enemigos: esta virtud es singular y privativa de la religion del Crucificado. Ser cristiano y ser un tierno y generoso amante de los mismos que nos odian, persiguen y calumnian, es todo uno. No hay salvacion para los que no quieren perdonar á sus enemigos. Esta es una ley peculiar del cristianismo que jamas ha tenido dispensa ni admitirá excepcion: ninguna secta, ningun partido, ni aun la religion misma de los judíos, la sola verdadera antes de la cristiana, llevaron á tanta perfeccion su moral, el perdon sincero de las injurias, el amor verdadero á los enemigos, el volver bien por mal, el

orar por los que nos persiguen y calumnian, es un grado de santidad y perfeccion á donde la naturaleza sin la gracia jamas podrá llegar. Solo la religion del Humanado Hijo del Padre puede tener una moral tan santa, tan justa, y tan perfecta. Efectivamente, este es el mandamiento especial y primitivo del Salvador de los hombres. Hasta aquí habeis oido que se dijo á los antiguos: *Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo*; pues yo que soy vuestro soberano Dueño, vuestro Redentor y vuestro Dios, os digo que no basta para salvaros hacer bien á los que os lo hacen, y amar á los que os aman; es preciso, y esta es mi voluntad, que ameis tambien á los que os aborrecen, que hagais bien á los que os hubieren hecho mal.

A vista de este espreso mandamiento, del que nos libró de la mas ominosa, cruel y eterna servidumbre, ¿darámoslo cumplirlo? Desde que sabemos que nuestra amoroso Padre es quien lo manda, ¿se nos hará duro el obedecerlo? ¿Será imposible el mandamiento de un Dios tan sabio y prudente? No hay pretexto, no hay excusa, no hay medio para evadirse de él: ó hemos de amar á nuestros enemigos, ó no nos hemos de salvar; ó hemos de perdonar las injurias; ó no se nos han de perdonar las nuestras. Es tan importante, es tan esencial, es tan indispensable este mandamiento, como lo es el de amar al mismo Dios. El primer mandamiento de la ley es el amar á Dios; el segundo, semejante á este, es el amar al prójimo; nuestro enemigo, por mas que nos odie, no deja de ser hombre; por lo mismo no deja de ser prójimo. ¿Será posible que no queramos imitar el ejemplo que el mismo Hijo de Dios nos da en medio de los mas atroces tormentos de la cruz, cuando pide á su Padre celestial por los que le crucifican! Sin duda que solo un mal entendido honor, una refinada dejadeza son los obstáculos que ponemos; pero ¡ay desgraciados! que si tal hacemos, no serémos contados en el número de los bienaventurados.

Esta obligacion se hace mas patente, observando, que no solo es un mandamiento de la ley, sino tambien una cláusula de la oracion que el mismo Salvador compuso, y que quiso repitiésemos cada dia. Si, en ella pedimos el perdon de nuestras culpas y pecados, que son innumerables; pero con esta precisa obligacion: "así como nosotros perdonamos á nuestros deudores." ¡Habrá insolencia mayor, impiedad mas detestable que la de aquel que teniendo un corazon indispuerto para con su hermano, lleno de aversion y de odio contra

su enemigo, se atreve á hacer esta oracion! No pedimos á Dios que nos mire con indiferencia como nosotros vemos á nuestros hermanos, sino que nos trate con benignidad, que use para con nosotros de su misericordia; luego del mismo modo debemos tratar á nuestros prójimos. Si el mismo Dios que hace salir el sol sobre los buenos y sobre los malos; que fecunda la tierra tambien para el que lo ama como para el que lo desconoce; que hace subir los húmedos vapores, y los hace descender mañana y noche en gotas cristalinas para beneficio tanto del justo que lo alaba como del impio que lo blasfema, nos manda amar á nuestros enemigos: él mismo, vengador eterno de la maldad, nos amenaza con su desgracia y con el fuego eterno, si no perdonamos de todo corazon los agravios que nos han hecho é injurias que nos han inferido. Imitemos, pues, el ejemplo que nos ha dado, y obedezcamos el precepto que nos ha impuesto.

Acordémonos de que este no solo es un precepto de religion, sino tambien un mandamiento lleno de caridad y de sabiduria; es un precepto universal, que cede, no solo en favor de nuestros enemigos, sino tambien de nosotros mismos. Si hay hombres que nos hacen mal, que no nos quieren bien, nosotros no somos mas indulgentes con los otros. Si aquel es mi enemigo, yo lo soy de él ó de otro; luego tengo parte en el beneficio del precepto. Si yo por razon de ser cristiano estoy obligado á perdonarle y amarle, él no lo está menos á hacer lo mismo conmigo. Me es penoso el amarle; él tiene igual sacrificio que hacer. Por último, nosotros queremos que Dios nos perdone tantas ofensas, tantos pecados que hemos cometido contra su Magestad, ante su misma soberana presencia, ¿por qué, pues, nos hemos de negar á perdonar por su amor las que á nosotros nos han hecho? ¡Habrá medio mas fácil, mas á nuestra disposicion para alcanzar misericordia, que ese pequeño sacrificio que Dios nos pide? El mismo ha asegurado que nos tratará como nosotros tratémos á nuestros hermanos. ¿Y será creíble haya tanta impiedad, que seamos capaces de repetir la oracion del Padre nuestro cada dia, y en ella pidamos ser tratados como nosotros tratamos á nuestros enemigos? ¿Será posible que haya quien diga: Si, Dios mio, yo quiero que me aborrezais, como yo aborrezco á mi prójimo: que no os dignéis poner en mí los ojos, como yo evito su presencia; que me querais mal, como yo lo quiero mal: que no me asistais en mis necesidades, como yo lo no asisto en las suyas? ¡No es posible tanta im-

piedad, tanta malignidad y tanta rabia! Sin embargo, esto es lo que practicamos, esto es lo que tristemente observamos aun en aquellos que se precian de católicos; pero ¡cuánto les falta para ser verdaderamente cristianos! Se quieren disculpar á veces con un santo celo; pero el celo no es odio, el celo está acompañado de la caridad, y el celo, en fin, nunca impide amar á sus enemigos, segun el precepto de nuestro Divino Maestro.



Sábado despues de Ceniza.

Este dia es el último de los cuatro de la Quincuagésima que se agregaron para completar los cuatro ayunos quadragesimales, y es, como los que le preceden, dia de penitencia. Por haber estado mucho tiempo sin oficio propio, el introito de la misa es el mismo del Viérnes anterior, y la Epístola es una continuacion tomada del capítulo 58 de Isaias.

El Sábado en la ley antigua fué el dia consagrado al Señor en memoria de la creacion, por ser en el que cesó esta grande obra. El mismo Señor le dió el nombre de Sábado, que significa dia de descanso del Señor. Y luego que prescribió las leyes de su culto al pueblo que escogió para sí, quiso que se llamase dia santo. Tambien podemos considerar á este dia, que fué en el que descansó nuestro divino Salvador, despues de haber acabado la grande obra de la redencion, infinitamente mas gloriosa para Dios que la de la creacion del mundo. Mas en la nueva Ley, el dia de su resurreccion fué propiamente su dia por excelencia; trasladada la santidad y festividad del Sábado al Domingo; honrando el mismo Señor con esta traslacion la resurreccion de su divino Hijo.

En las iglesias de Oriente, la solemnidad del Sábado se guardó por mas tiempo que en las de Occidente, en que se toleró esta observancia mientras los primeros fieles fueron los judios recién convertidos, adictísimos á la guarda del Sábado; y con el trascurso de los tiempos se abolió enteramente. En Oriente era aun mas estricto el mandato de no ayunar en los Sábados, segun lo prescrito en los cánones antiguos, que contenian fuertes conminaciones contra los que ayunaran en ese dia, para prevenir los esfuerzos de algunos hereges, que por irrisión á las obras de Dios, afectaban ayunar en los Sábados.



Sabado de la semana de Ceniza.



Domingo 1.º de Cuaresma.



Lunes de la 1.ª semana de Cuaresma.



Martes de la 1.ª semana de Cuaresma.